

ENRIQUE MOLINA: *La filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX*. Santiago, 1952. — *Tragedia y realización del espíritu. Del sentido de la muerte y del sentido de la vida*. Nascimento, 1951.

Encontramos en los tres ensayos de don Enrique Molina reiteraciones de anteriores conceptos y atisbos nuevos reveladores de su inquietud filosófica. Sin ser propiamente un sistemático, el Rector de la Universidad de Concepción ha consagrado muchos años de su fecunda vida al esclarecimiento y crítica de diversas corrientes modernas del pensamiento. En el primero de sus recientes trabajos ilustra adecuadamente acerca del estado mental de la generación anterior a la suya. El positivismo gravitaba sobre la vida universitaria, y sus corifeos mayores estimaban que "significaba el ápice definitivo del pensamiento humano, más allá del cual no había que buscar nada ni inquietarse por nada en materia de temas trascendentales". Cuenta, además, una pequeña historia no exenta de humor. Cuando el señor Molina se acercó a un rector interino de la Universidad de Chile con el objeto de consultarlo sobre una conferencia filosófica destinada a explicar el pragmatismo de William James, el funcionario docente autorizó lo solicitado; pero mirándolo, entre compasivo y sorprendido, añadió este comentario: "Que haya, hombre, gentes que se ocupen de estas cosas todavía..."

El señor Molina padecía en carne propia la indiferencia de un personaje que tenía en sus manos, en ese instante, la tuiición más elevada que existía en Chile de la cultura nacional. El positivismo dominante daba por muerta y sepultada a cualquiera expresión de la metafísica y apenas entendía que hubiera aquí alguien capaz de resucitarla.

No sería el menor mérito del autor de estos ensayos el que comprueba su posición renovadora en 1908, mientras se desvelaba en "tan anticuadas y estériles especulaciones".

Alejandro Korn observa que en Argentina el fenómeno fué idéntico. No significa su revisionismo de esas ideas una negación del aporte de tal escuela, pero sí ubicación cautelosa en el tiempo y en el espacio históricos. "La aversión aparente a toda afirmación ontológica, la renuncia reiterada a toda metafísica, el escaso interés por la especulación pura, el desdén fingido de lo incognoscible, permiten eludir los últimos postulados. No logran ahuyentarlos de toda mente medianamente lógica".

El panorama que despliega en su estudio el señor Molina comprueba una profunda transformación operada en poco más de cuarenta años. Las generaciones recientes se devuelven en una órbita más comprensiva de los valores espirituales y el hecho de que no se consigne todavía la existencia de una filosofía propia, no autoriza a soslayar el problema derivado de semejante actitud.

El fenómeno es general y lo comprueban diversos ensayistas y pensadores en toda Hispanoamérica. Leopoldo Zea, en su volumen *En torno a una filosofía americana*, dice al respecto lo que copiamos: "Esta nuestra supuesta incapacidad para filosofar, con el consiguiente sentido de inferioridad para tal tarea, es consecuencia de una falsa visión sobre nuestra situación en la Cultura Universal. Ha sido el resultado de querer ser otros que nosotros mismos. Es ahora, en nuestros días, que hemos empezado a reemplazar este sentimiento de inferioridad por uno más legítimo y positivo: el de nuestro desarrollo cultural. No podemos seguir considerando como signo de inferioridad el hecho de que antes de ser mayores hayamos sido infantes; no es un signo de inferioridad el aprender antes de poder enseñar. (Página 62).

Por esto hallamos plausible el intento crítico y revisionista del señor Molina, a pesar de sus vacíos y de su cortesía al enjuiciar ciertos engendros filosóficos

que sitúa en un mismo nivel con otros de lozana madurez. En su ensayo encontramos lagunas y omisiones: el olvido de Rafael Fernández Concha y de Juan Serapio Lois en el siglo XIX, aparte de su somera alusión a la *Filosofía del Entendimiento* de Andrés Bello. Fernández Concha escribió cuatro obras fundamentales: *El Derecho Público Eclesiástico*, *La Filosofía del Derecho*, *La Teología Mística* y *El Hombre en el orden filosófico, religioso y social*.

Quizás sea después de Lacunza, al que cita brevemente el señor Molina, el más sólido y completo de los pensadores católicos de Chile. Su análisis de los sistemas éticos contrarios a su concepto de la moral es un agudo esfuerzo que si no convence a un criterio actual, tuvo en su tiempo el mérito de dirigir y orientar a un sector vasto del país. En cuanto a Juan Serapio Lois, hoy olvidado, es un valioso representante del positivismo, que se anticipó a Valentín Letelier y modeló a más de una generación laica en Chile.

Respecto a la apreciación de la *Filosofía del Entendimiento* de Bello, creemos con Gaos, que en su época evidenció grandes conocimientos, que pocos americanos podían exhibir entonces, y puntos de vista originales en que surgía la poderosa capacidad analítica de su autor.

Lo más interesante de la sinopsis del escritor chileno es la que destina a revisar el estado actual de la filosofía en Chile. El señor Molina se muestra, a menudo, generoso, de visión amplia y bien informado de las corrientes más atrevidas que nutren a los valores jóvenes. Consagra substanciosos análisis a su propia actitud, que detalla a partir de su crítica del positivismo hasta sus últimas publicaciones que todos admiramos por su pulcritud y decoro, y luego estudia a dos pensadores especulativos: Clarence Finlayson y Jorge Millas. El primero es un diestro neotomista, que posee una brillante situación en el extranjero, donde ha profesado cátedras en Harvard, México, Panamá, Colombia y otras partes. Finlayson no sólo se ocupa en temas metafísicos que tienen hoy en su pluma a un audaz explorador, sino que ha tratado de asuntos literarios con gran lucidez y hondura. Son notables sus ensayos sobre Neruda, Porfirio Barba Jacob y José Asunción Silva, que se proyectan más allá de la crítica acostumbrada e interfieren tópicos medulares acerca del hombre y su destino. La información filosófica de Finlayson es extraordinaria y sorprendió recientemente a ciertos teólogos en el Congreso de Filosofía de Mendoza con planteamientos desconcertantes en que un tomismo reprimado se unía a una posición moderna y desprejuiciada. Frente a Finlayson está Jorge Millas, a quien el señor Molina trata con vasta comprensión. Millas alienta una preocupación nobilísima por las ideas generales y es de los escasos chilenos que penetran más allá de la apariencia de las cosas, con el propósito de extraer una estimación justa de nuestras posibilidades en el campo del pensamiento, sin excluir tampoco un juicio sobre el valor potencial de la raza. En *Idea de la Individualidad* el ensayo sale de su marco literario, simple expresión de belleza formal, para proyectarse en el campo fertilísimo de la especulación pura.

Después el señor Molina traza el inventario del movimiento filosófico en Chile, hasta resumir su estado presente, con optimismo. No compartimos todos sus juicios y echamos de menos, de nuevo, referencias vitales. Pero esto, en ningún caso, desmedra su generosidad de maestro y su intención de positivo alcance. El recuen-

to es pródigo en revelaciones y la forma en que se halla concebido confirma la serenidad mental de su autor.

En el segundo volumen, el señor Molina recopila cuatro ensayos diversos: uno intitulado "Tragedia y realización del espíritu"; el segundo trata "Del sentido de la muerte y del sentido de la vida"; el tercero traza un breve paralelo entre Descartes y Spinoza, y el último es un agradable paseo filosófico, de fina intuición, por el mundo que ocupó el pensamiento griego.

Todos consolidan la categoría intelectual del maestro de Concepción. A veces, el escritor soslaya un pronunciamiento categórico y al referirse a Descartes rectifica a Maritain, que rechazó ciegamente la acción fecunda del autor del *Discurso del Método*.

La filosofía pierde aquí el ceño adusto, su grave contenido, y aflora en bien moldeados periodos en que advertimos la seductora huella de Bergson. No es el señor Molina, ni con mucho, el sistematizador solemne que, como Gaos, caotiza la expresión con un lenguaje gerundiano. Por el contrario, facilita el acceso profano a ese, al parecer, sellado templo. Discurre con elegancia y, a veces, parecemos oír su voz que se adelgaza en la cátedra y nunca pierde la compostura ática en la tribuna.

Las nuevas generaciones irreverentes y destructoras han sabido respetar las canas del rector y catedrático de filosofía. Fuimos de los que en épocas pasadas también allegaron su piedra a la destrucción de la estatua. Pero el tiempo, animador de pasiones y emoliente de cualquiera incomprensión pasajera, enseñó a estimarlo. No estamos preparados para intentar una definición dogmática del significado del señor Molina en el campo filosófico de Chile. Pero siempre nos ha parecido un adelantado, uno de esos hombres precursores que advirtieron la palpitación vital de las nuevas corrientes del pensamiento en el mundo. Tiene su bien merecido lugar en el progreso de las ideas filosóficas en Chile por haber contribuido a sacar esas nobilísimas disciplinas del marasmo en que las sumió el positivismo finisecular. Su avaloramiento oportuno de Bergson, de William James y de Guyau, su consagración ferviente al estudio de lo que llamó "los valores espirituales", su excelente ensayo sobre Nietzsche y el que destinó al inventario de la herencia moral de la filosofía griega, son hitos vivientes de su gran vocación.

Creemos que practica un sincretismo de categoría moralista. En todos estos últimos ensayos rectifica, anota y comenta con destreza lo que otros concibieron con mayor dogmatismo. La denominada duda metódica de Descartes la califica más exactamente "duda sistemática", porque pasó los límites de una garantía metódica para constituir las bases de un sistema discutible.

También aconseja una reintegración de la filosofía que tendría por base su adecuación a los maravillosos avances de la ciencia. Esta última le pediría entonces a la primera su sentido de orientación para formular los valores que a ella no le corresponde definir.

En algunos de estos breves trabajos percibimos una agradable prosa que su autor ha cuidado con amor. A veces hay párrafos musicales, que suenan bien al oído. La plenitud y la experiencia han llevado al señor Molina a un sitio de maestría que nadie dejará de reconocerle: el del ensayo filosófico matizado de un estilo que juguetea con las ideas y también las clarifica.

RICARDO A. LATCHAM